

aclarase con el tiempo las sombras en que hoy están envueltos. Sólo diremos, pues, que la *Comune* fué el reinado de una muchedumbre de gentes desconocidas, obscuras, sin posición ni autoridad en la ciencia, ni en las artes, ni en la administración, que creyeron imponerse á la Francia ó atraerla á su buen sistema gubernamental, procediendo á dictar prisiones arbitrarias, pesquisas y registros domiciliarios, confiscaciones, devastaciones de monumentos, exacciones, depredaciones en las arcas del Estado, tumultos, alborotos, barauandas escandalosas, congresos que, pretendiendo imitar á la Francia de 1789, no hicieron más que deshonrarla con sus necios recuerdos, con sus terribles parodias. Aquella saturnal de sangre y lodo, ya que no pueda dársele el nombre de anarquía, duró dos meses, porque el Gobierno legal, antes de empeñar la lucha, tenía que rehacer su ejército. Los comunales se aprovecharon del inmenso material de guerra que había quedado todavía en París, y fué menester un sitio en toda la forma para recobrar la capital y arrojar de ella á los que so color de pretender la felicidad del pueblo no podían más que precipitarle al abismo que iban abriendo.

Después de una batalla de siete días en las calles de París, erizadas de barricadas, se apoderaron de ellas las tropas del Gobierno de Thiers. Pero los vencidos, al revés de lo que ha sucedido en todo tiempo, dejando el campo más ó menos resignadamente á los contrarios, quisieron darle sus sentimientos, proponiéndose nada menos que destruir la capital, varias calles de la cual y muchos monumentos fueron entregados á las llamas. Las lágrimas saltaron de nuestro corazón y se agolparon á nuestros ojos cuando pocos días después presenciábamos aquellas ruinas que inspiraban á nuestro ánimo las más tristes consideraciones. Tantas riquezas, tantas glorias del arte, tantos monumentos de la prosperidad francesa destruidos, reducidos á escombros por la venganza de unos hombres que demostraban su horrible despecho de no poder implantar sus principios.

Al incendio añadieron la matanza del arzobispo de París y gran número de personas que habían preso como rehenes. Pero apartemos la vista de semejante abominación porque á no dudar la pluma arrojaría hiel.

Francia, después de la guerra, ha entrado en un período de reconstitución en que los partidos políticos se han disputado y siguen disputándose el poder. Partidarios de la monarquía del conde de Chambord, de la casa de Aumale, del imperio de los Bonapartes, no obstante la muerte de Napoleón III, luchaban y siguen luchando con los diversos partidos republicanos. ¿De quién será el triunfo definitivo? No era posible vislumbrarlo mientras la Francia se hallaba sin organizar, sin reconstituirse completamente.

Había quedado tan abatida, eran tantos los males que sobre ella pesaban, que parecía imposible que pudiera sobrevivir á la horrible catástrofe.

Y sin embargo, ha sobrevivido. El espíritu patrió ha hecho el milagro.

La Francia republicana ha demostrado lo mucho que valía y lo mucho que valió.

Había sufrido una terrible humillación con el imperio, y soñaba y sueña con la revancha bajo la república.

La colosal contribución de guerra con que pensó debilitarla Alemania fué pagada, reorganizóse su ejército, mejoráronse todos los ramos de la administración, y la enervada virilidad durante el tiempo de Napoleón III, reapareció enérgica y poderosa después de sus desastres.

El bofetón que había recibido, fué reactivo poderoso y no sueña sino con el desquite.

Con buenos presidentes al frente de la República, sin comprometerse en aventuradas empresas, espera con el arma al brazo que suene la hora para lanzarse á la pelea.

No la busca, no la provoca, pero si llega la ocasión no la encontrarán desprevenida.

Frente á la alianza de Alemania, Austria é Italia, podrá oponer la suya con Rusia, y este poder, esta fuerza, bastan para que su adversario no provoque conflictos que hoy serían de dudosa solución.

Es verdad que el anarquismo, en los últimos tiempos, ha hecho bastante camino y ha producido algunos desórdenes en el interior, pero esto en nada debilita su fuerza ni amengua sus bríos.

Al cumplirse el Centenario de su gran revolución, Francia se encuentra llena de vida y sabe apreciar debidamente en 1889, lo mucho que debe y lo mucho que ha adelantado desde 1789.



CAPÍTULO XXXI

EUROPA HASTA 1889

España.—La República.—Aumento de los carlistas.—Desórdenes en el interior.—Complicaciones en el exterior.—Guerra de Cuba.—El golpe de Estado, 3 de Enero.—Proclamación de D. Alfonso XII en Sagunto.—La restauración.—Terminación de la guerra civil.—Convenio del Zanjón.—Primer matrimonio del Monarca.—Fallecimiento de la reina D.^a Mercedes.—Filipinas.—Joló.—Nuevo matrimonio del Rey.—Muerte de Alfonso XII.—Proclamación de Alfonso XIII y regencia de doña María Cristina.

PROCLAMADA la República, como dice muy bien un historiador de nuestros días, por unas Cámaras que á sí mismas se confiaron un poder que no les daba la Constitución, en vez de nacer con una fuerza realmente potente ó habérsela dado la opinión unánime del país, nació débil y desde el mismo momento de su proclamación tuvo ya que luchar con los diversos elementos que necesariamente tenían que hacerle la oposición.

Tanto en Andalucía como en Cataluña perturbóse el orden de un modo lamentable, el ejército comenzó á relajarse con circunstancias verdaderamente deplorables; la parte sensata de las poblaciones se estremecía de espanto, y los carlistas y los que esperaban el medro personal y el triunfo de sus esperanzas, de aquella conflagración, llenáronse de alegría.

Radicales y republicanos estaban en pugna; las dimisiones se sucedían sin interrupción; la intranquilidad era general; declaróse la Asamblea en sesión permanente y bajo la Presidencia de Figue-

ras formóse un nuevo ministerio, cuya heterogeneidad hacía presumir lo imposible de su marcha, compuesto de los Sres. Castelar, Pi, Tutau, Salmerón, Acosta, Oreiro, Sorní y Chao.

Ordenóse la disolución de las juntas revolucionarias así como también la reposición de los Ayuntamientos, pero el Gobierno, al pedir á los radicales que se le concediese la elección por sufragio de todos los Municipios y Diputaciones provinciales á cambio de aplazar la disolución de la Cámara, no pudo obtenerlo porque aquéllos prefirieron esto último, haciendo más crítica como fácilmente se comprende, la situación.

Los sucesos de Barcelona provocaron otro gravísimo conflicto, tras el cual vino la indisciplina del ejército, indisciplina que se propagó con extraordinaria rapidez, y como si esto no fuera suficiente, Martos renunció á la Presidencia de la Asamblea que se mostraba hostil al Gobierno, por lo que se decidió su clausura, sin que por esto mejorara la situación del Poder Ejecutivo.

No es para este lugar ni la índole de nuestro trabajo nos lo permite, ni se ha enfriado bastante, á pesar de los años transcurridos, la candente atmósfera de aquellos acontecimientos, para que el historiador pueda emitir un juicio completamente imparcial respecto á ellos.

Niño el partido republicano, tenía todas las rarezas, todas las genialidades, todos los extravíos, todas las aberraciones del niño.

Entraba por primera vez en la vida pública, y su falta de práctica le impulsaba á cometer lamentables y perjudiciales errores.

Doblemente deplorables éstos, porque había quienes se ufaban con ellos, quienes se aprovechaban de sus actos, de sus amenazas, de sus propósitos y necesariamente hubo de resultar lo que á no tardar hubo de verificarse.

Cuando era necesario el apoyo del ejército se le disgustó; cuando teníamos dos guerras civiles, las dos formidables, pensó en contrarrestarlas por medio de voluntarios y el ensayo no pudo ser más desastroso.

La oficialidad, amenazada por sus mismos soldados, ó se retiró á sus casas, ó fué á llevar su contingente de conocimientos y de valor á las masas carlistas.

Los republicanos, haciéndose cruda guerra unitarios y federales; los fusionistas, los moderados subdivididos en fracciones diversas, cada una de ellas con su jefe particular, se combatían sin tregua y entorpecían la marcha del Gobierno. Llevaban la perturbación por doquiera; retraíanse los capitales de la circulación; á la conspiración que abortaba ó se descubría, seguía la nueva que se estaba urdiendo, y en resumen, el período de la República, sin que á la idea que sintetizaba se la pueda culpar de ello, fué terriblemente desastroso.

Las primeras Cortes republicanas se reunieron. Orense fué elegido presidente de ellas. Pi y Margall fué autorizado para formar ministerio bajo su presidencia, y de tal modo se evidenció la falta de elevadas miras en aquellas Cortes, que su presidente dimitió; formóse otro nuevo ministerio bajo la misma base de Pi y Margall, y Salmerón y Alonso fué elegido Presidente de las Cortes.

La debilidad de las unas y del otro se vió en breve; hubo otro nuevo cambio de personal en el Gobierno, el desconcierto general y los motines en particular, se sucedían sin interrupción; hubo necesidad de suspender los derechos individuales; constituyóse el Cantón malagueño; en Sevilla, en Cádiz y en otros puntos de Andalucía la situación se

agravaba por momentos; tuvieron lugar sangrientas escenas en Alcoy, y finalmente los federales se apoderaron de Cartagena, cayendo en su poder la mayor parte de los buques que componían la Escuadra, y la parte de ejército, reorganizado, que hubiera podido destinarse á la persecución de los carlistas, tenía que emplearse en ahogar todas estas insurrecciones.

Si Pi y Margall, como parece demostrado, no fué cómplice de todos aquellos sucesos, no puede considerársele exento de responsabilidad por la templanza de que estuvo dando muestras cuando más necesaria era la energía, transigiendo y con-temporizando para restablecer el orden, cuando lo que verdaderamente se necesitaba era pelear y combatir sin tregua ni descanso.

Don Nicolás Salmerón y Alonso formó nuevo ministerio bajo su presidencia, prometiendo castigar á cuantos faltasen á la ley, fuese la que quisiera la bandera bajo la cual se ampararan y reorganizar el ejército, aplicándose la ordenanza lo mismo á los jefes que á los soldados.

Confióse el mando militar de Valencia y del ejército de operaciones al general Martínez Campos, á D. Federico Salcedo, la comandancia general de las fuerzas que operaban en Murcia y Alicante; al general Pavía se le confió el restablecimiento del orden en Andalucía y necesario es convenir que unos y otros cumplieron sus respectivas misiones, no sin que encontraran, especialmente Pavía, formidable resistencia.

Entretanto los carlistas aumentaban; esparcíanse por comarcas donde hasta entonces no llegaran; penetraban en poblaciones donde no consiguieran entrar en la primera guerra civil; los excesos y las tropelías estaban á la orden del día y el cantonalismo tremolaba triunfante su bandera en Cartagena.

La elevación de Castelar á la Presidencia de la República, cambió en gran manera la marcha de los sucesos.

Cartagena cayó por fin en poder del Gobierno; la reorganización del ejército, aunque trabajosamente, iba realizándose, la del cuerpo de artillería, también se hallaba en buen camino, é investido el elocuente republicano con una dictadura amplia y absoluta, parecía que desde aquel momento se entraba en una marcha más regular.

Empero, como si no fueran suficientes las calamidades hasta entonces sufridas, como si el desprestigio y la mengua de España no hubiera llegado á su último grado, en el exterior presentóse un

nuevo conflicto con el apresamiento del *Virginus*, que fletado y pertrechado en los Estados Unidos, intentó desembarcar en la isla de Cuba los insurrectos que llevaba á bordo. El *Tornado* fué el que le detuvo, y probada la rebeldía y criminalidad de cincuenta y siete de los tripulantes, fueron sentenciados á muerte y ejecutados.

A la reclamación de los Estados Unidos, que en otras circunstancias hubiera podido contestarse como debía, no hubo entonces más remedio que ceder, y se devolvió el *Virginus* y se indemnizó á las familias de los fusilados para evitar mayores males.

La insurrección en Cuba continuaba lo mismo que la guerra carlista.

Otra nueva complicación surgió con Inglaterra á consecuencia del apresamiento del *Deerhond* que conducía fusiles y municiones para los carlistas y el cual fué conducido al Ferrol. A pesar de ser ésta buena presa, como que los ingleses tenían en su poder las fragatas *Almansa* y *Vitoria*, cogidas á los cantonales, no hubo más remedio que transigir, sobreseer la causa y entregar el buque al cónsul inglés en aquel puerto.

Los jefes y oficiales del ejército liberal que, ó estaban de cuartel ó habían pedido su retiro, presentábanse incesantemente en el campo carlista y merced á estos elementos iban organizando sus regimientos y dando á la guerra un carácter distinto del que tuviera en su principio.

En Cataluña, en el Maestrazgo y en las Provincias estaban los núcleos principales del carlismo y era necesario que la nación hiciera un gran esfuerzo, que el partido liberal depusiera antagonismos, que se unieran todas las distintas fracciones que le componían, si quería evitarse el triunfo del absolutismo.

Los historiadores á quien tantas veces hemos citado, dicen á propósito del fomento adquirido por los partidarios de D. Carlos:

«El crecimiento que habían tenido los carlistas, exigía organizar su administración. Nombráronse juntas de armamento y defensa, de suministros, y otras, ayudando todas á las Diputaciones, que eran un verdadero poder, formando sus disposiciones un cuerpo completo de gobernación, de hacienda, de todos los ramos de la administración pública, sin excluir el de Guerra.

Aunque cada provincia tenía sus juntas, conferenciaban á veces reunidas las vascongadas y navarras, para tratar de asuntos que á todas afectaban, como para ciertos pagos y arbitrios y para el arreglo de correos y telégrafos. En Vizcaya llegó á re-

unirse la junta de las merindades, que suscitó la cuestión de si había de tener carácter deliberante ó ser junta auxiliar especial permanente de guerra, y siendo delicado y comprometido para la Diputación aceptar en principio de derecho foral, la idea de junta de merindades no reunida en todo el presente siglo, á pesar de las grandes vicisitudes y guerras por que había pasado el señorío, sino la congregación del país en Guernica; observando que las de merindades que antiguamente se celebraban, habían caído en desuso, que se carecía de antecedentes históricos para consultar é ilustrarse acerca de tan importantísimo punto, y no queriendo cometer un acto contrario á la nueva jurisprudencia que regía, dejaba íntegra esta cuestión á los concurrentes, eludiendo toda responsabilidad y aceptando lo que determinasen, y se declaró constituida la junta permanente de merindades, que no proporcionó al país más que la imposición de algunos millones de reales para el sostén de tan destructora guerra, é impuestos sobre la riqueza territorial, no sobre la industrial y comercial por faltar los datos estadísticos. No podía evidenciarse de mejor manera el desorden administrativo de que era víctima la provincia de Vizcaya; así como la insistencia del partido carlista en que los antiguos fueros, «con todos sus defectos y anomalías», fuesen restituidos á Vizcaya en toda su integridad, á pesar de haber reconocido en diferentes épocas sus hombres más importantes la imposibilidad de poner en práctica muchas de sus leyes en desuso desde lejanos tiempos.

De grande auxilio eran estas juntas y diputaciones para la causa por cuyo triunfo trabajaban; pero tenían el inconveniente de mantener vivo el espíritu de provincialismo, tendiendo cada corporación á hacer de su provincia un pequeño Estado independiente, que influía de una manera deplorable en el orden militar, pues cada provincia quería tener su ejército para su territorio: desagradaba que de él saliera y viniese al suyo el de la provincia vecina, y esto lo exigían con frecuencia las operaciones combinadas.

Todo se resentía del estado de la guerra, de la perturbación que reinaba en todo; así que desde el 11 de Febrero en que se inauguró el tercer período de la revolución, sucediéronse en diez meses seis ministros de Hacienda, bastando esto para completar su desorden, pues por grandes cualidades que reuniesen y abundando en los mejores deseos y en el más acendrado patriotismo, nada podían realizar ante la continua agitación que reinaba, y agobiados por todo género de contrariedades.